

Esclavos de la HEREDAD



Cómplices

NELVIS H. GHELFI

Nelvis H. Ghelfi

Esclavos de la Heredad

Cómplices



www.robilir.com

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recopilación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio, sin permiso previo por escrito del autor.

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

© 2019, Nelvis Haydeé Ghelfi

© 2019, Robalir

Primera edición digital: septiembre de 2020

Foto de tapa: Ali Pazani, a través de Unsplash

Foto de contratapa: Suhyeon Choi, a través de Unsplash

ISBN: 978-987-47637-3-0

Contenidos

- 1 [Portada](#)
- 2 [Aviso legal](#)
- 3 [Contenidos](#)
- 4 [Dedicatoria](#)
- 5 [Prólogo](#)
- 6 [Capítulo I](#)
- 7 [Capítulo II](#)
- 8 [Capítulo III](#)
- 9 [Capítulo IV](#)
- 10 [Capítulo V](#)
- 11 [Capítulo VI](#)
- 12 [Capítulo VII](#)
- 13 [Capítulo VIII](#)
- 14 [Capítulo IX](#)
- 15 [Capítulo X](#)
- 16 [Capítulo XI](#)
- 17 [Capítulo XII](#)
- 18 [Capítulo XIII](#)
- 19 [Capítulo XIV](#)
- 20 [Capítulo XV](#)
- 21 [Capítulo XVI](#)
- 22 [Capítulo XVII](#)
- 23 [Capítulo XVIII](#)
- 24 [Capítulo XIX](#)
- 25 [Capítulo XX](#)
- 26 [Capítulo XXI](#)
- 27 [Capítulo XXII](#)
- 28 [Capítulo XXIII](#)
- 29 [Capítulo XXIV](#)
- 30 [Capítulo XXV](#)

- 31 [Compartí tu opinión sobre el libro](#)
- 32 [Sobre la autora](#)
- 33 [Otros libros de la autora](#)
- 34 [Robalir Editora](#)
- 35 [Datos del ebook](#)

Dedicatoria

A la vida, a mis hijos, amigos y familiares.

A todos aquellos que me acompañan en este camino que elegí.

Prólogo

En la madrugada de un día del mes de agosto de 2019, me dispongo a prologar la novela inicial de la trilogía que está pariendo la autora, nuestra querida amiga, Nelvis H. Ghelfi.

Cuando las ciudades, el país y sus habitantes nuevamente somos testigos, protagonistas y escenario de las batallas contra el abandono, el desamor, el desprecio y la indiferencia de una sociedad, por la incapacidad e insensibilidad para gobernar de los que ostentan el poder político, y desde el saqueo, se proponen trazar como único camino posible para el pueblo, la lucha de clases, la pobreza, la exclusión, la desesperación y la incertidumbre, encuentro en *Esclavos de la Heredad: Cómplices* coincidencias que más allá del tiempo resultan sugerentes.

En *Esclavos de la Heredad: Cómplices*, la autora nos ofrece una obra artesanal, con su hilo narrativo enhebrando minuciosamente historias de vida, ubicadas en la época que precede a la década infame, envolviéndonos con atajos, transportándonos del presente al pasado y de allí al futuro que de nuevo es presente.

Con un estilo fluido, penetra con sosiego en las pesadillas de los personajes, como los ríos, de cursos y caudales diferentes pero que terminan llegando al mismo lugar. Los protagonistas tratan de huir de un destino inexorable que acaba devorándolos o de un pasado que solo alcanza su pleno sentido en el instante de la muerte, cuando el éxito de la lucha por la vida se alcanza a partir de su final.

Esta exquisita trama cronológica revela una exhaustiva investigación sobre el tópico elegido, destacando el rol de

las mujeres, como eje vertebrador de sus propias vidas, frente al devenir del momento político.

Su impronta particular y singular para componer los sucesos, nos propone un juego de acertijos sobre lo que habrá de suceder. Afecta y conmueve, despertando curiosidad y entusiasmo al leerla.

Superando su virtuoso manejo de la intertextualidad, como lo ha demostrado en su novela *El último viernes*, Nelvis nos deleita con historias de amor y de muerte, de encuentros y desencuentros, de nostalgias, de temores e inseguridades, de inocencias y traiciones, que se resuelven con la pasión de la piedad.

El protagonista principal, desde sus valores morales primigenios, convive con la cobardía del que ambiciona más de lo obtenido, fruto de la explotación de los vulnerados, quienes, víctimas de los prejuicios, hipocresía, inmoralidad y discriminación, enfrentan la vida con el coraje de la resignación inconsciente del que no tiene nada que perder y sobrevive desde el deber, la solidaridad y el amor.

Dando vuelta cada página, con un encanto trágico y superior maestría, la autora nos invita a degustar, con emoción, las vivencias que giran una alrededor de la otra, se rozan con ternura sin saberlo y se amalgaman en acontecimientos simultáneos hacia un único punto de encuentro, aun cuando los personajes ignoran la existencia del otro.

Esclavos de la Heredad: Cómplices se asemeja a esa fragancia que percibimos al pasar y queda impregnada en nuestros sentidos, incitándonos a no abandonar su lectura, por lo que recomiendo que los lectores y las lectoras se permitan este mágico viaje y lo descubran por sí mismo.

Estela Olivera Arauz

Capítulo I

Querida mamá:

Como le prometí, apenas llegado y ya le escribo. Tenía usted razón, Buenos Aires es muy grande, tan grande que hace una quincena que estoy acá y todavía no encontré al Andresito. La pensión estaba en la dirección que puso en la única carta que recibió usted, pero el Andresito no.

Doña Josefa, que es la dueña de la pensión, dice que le parece que hace mucho, como un año atrás que se le apareció por la casa un muchacho parecido a como yo me lo recuerdo, pero después de eso hubo una redada y muchos se fueron y no se los vieron más. Yo no sé bien de qué hablaba esa mujer y no quise insistir más porque, como usted me enseñó, no hay que ser curioso, y como vi que me miraba con buenos ojo quise portarme bien para que me deje dormir allí.

Y me dejó. Ahorita nomás le estoy escribiendo en la piecita del fondo, la que está al lado del excusado. A veces cuando el fondo se congestiona cuesta dormirse, pero por lo general es un lugar tranquilo.

El Tilingo, así le dicen todos a mi compañero de pieza, me consiguió un catre y desde entonces duermo de lo más bien.

Bueno, otro día le sigo escribiendo, así cuando consiga trabajo y pueda comprar la estampilla, ya tengo todo escrito.

Eso también lo aprendí de usted: hay que ser ahorrativo y precavido.

Pensión La Mirafior, junio de 1929.

Querida mamá:

El Andresito sigue sin aparecer y el trabajo también. Camino todos los días mucho, mucho tiempo buscando algo, porque los ahorritos ya se están haciendo humo y la barriga chifla más fuerte cada día; yo le ajusto la cincha a la desgraciada, pero ya no hay más agujero en el cinturón.

Me parece que doña Josefa ya se dio cuenta de que se me está acabando la plata porque cuando paso cerca me mira fijo a la cara para ver si se me escapa el secreto por los ojo y para de hablar para escuchar si todavía suena alguna chirola en el bolsillo.

Al Tilingo sí que le va bien, se consiguió un lindo trabajito, él lo llama «laburito». Acá todos hablan raro, a veces no sé bien lo que me dicen pero ya le estoy agarrando la mano. Bueno, ese sí que se encontró un lindo trabajito, todos los días junta papeles de todas clases, en la pensión y en los alrededores nomás. Primero los corta, después los estruja y refriega para que se ablanden y después los aplasta y los estira para que queden planchaditos, y se los vende a los de la cola del excusado. Si ve a alguno que está muy presionado de tripa y no quiere perder el lugar, se lo cobra el doble, el muy pícaro.

Me dijo que este domingo si para el viento, porque hace casi una semana que chifla como el diablo, me va a mostrar un teatro o algo así, donde se puede conseguir plata fácil para ir tirando.

Vamo a ver qué pasa, tal vez tenga suerte.

Pensión La Miraflor, julio de 1929.

Querida mamá:

Hoy llueve como nunca, para mí que se acaba el mundo, se nos inundó la pieza y del excusado sale la porquería que es un asco. El Tilingo es precavido, se consiguió unos ladrillos y levantó la cama, pero mi catre quedó metido entre el agua y la inmundicia. El Tilingo dice que si me acuesto se va a romper y se lo voy a tener que pagar.

No sé cuánta agua más va a caer, hace días que ando con las alpargatas mojadas y el yute juntó tanto barro que casi no las puedo levantar.

Ahora le estoy escribiendo desde la galería de la pensión. La Pocha, una mocita un poco tímida, me dio unos mates dulces, me dijo que era para apagar el hambre; ahorita nomás se fue para ver si me conseguía alguna torta frita. El otro día me trajo escondido en el bolsillo del delantal un buñuelo de naranja, ¡no sabe lo rico que estaba!

El Tilingo dice que me tiene cariño porque me mira con los ojo dormilones y con la boca llena de baba, pero yo creo que me tiene lástima.

Extraño mi terruño y a usted también mamita, no es que sea un flojo, pero esta lluvia no deja hacer otra cosa que añorar las montañas, el solcito que reseca al chelco, el espartillo que te castiga los tobillos, al rancho, los chivos... ¿Están todos vivos todavía? ¿Aguantó la cría de la Soñadora?

¡Qué ganas de estar allá con usted mateando y mirando el terruño! Allá el hambre apretaba igualito que acá, pero por lo meno estaba con usted, con la Teresa, la Juanucha y el Mingo. ¿Creció mucho el Mingo?

No veo la hora de que pase esta lluvia y pueda conseguir una changa, aunque sea para la estampilla, así me contesta usted.

Pensión La Mirafior, septiembre 1929.

Capítulo II

Si a los quince la viruela le había marcado parte del cuerpo y el rostro, a los veinte le había amargado el espíritu y para los veinticinco ya se le había pervertido el verbo; por eso, en contra de toda lógica, sus padres, Bruna y Apolonio Espasa, comerciantes de San Telmo, accedieron gustosos a que se recluyera en una pequeña casa en las inmediaciones de Santa Fe, con la única condición a través de firmes promesas y juramentos por parte de la joven que, como mínimo asistiría a misa todos los domingos.

Como toda compañía se llevó, obligada, a la vieja nodriza que en última instancia, no molestaba y no objetaba nada ya que vencida por la setentena, estaba casi desprovista de oído y visión, aunque no del sentido religioso, pero eso era lo de menos.

De ese modo comenzó una nueva etapa de su vida, Aurora Fabia Espasa Doliva que a la postre, todos conocerían en la región como Auri.

Pasaba sus días recorriendo los alrededores. Solitaria y exenta de las miradas curiosas y en algunos casos horrorizadas.

Disfrutaba de la naturaleza que crecía exuberante y desordenada, ajena a todos los principios de civilización; de los arroyos que se formaban en época de crecida y que en el aislamiento, le permitían refrescarse e incluso darse algún que otro chapuzón que tanto apreciaba pues, más que refrescar el cuerpo, le limpiaban el alma.

Gozaba bajo una buena sombra, de la lectura que comenzaba a descubrir.

En la casa paterna no hallaba sosiego con nada y los libros nunca fueron fuente de inspiración para la familia, dedicada al comercio, lo único que se tenía en cuenta eran los diarios y periódicos, alguna que otra cartilla comercial y los libros de ingresos y egresos, nada inspirador para una mujer joven.

De este modo lograba poco a poco una pizca de tranquilidad y equilibrio en su nueva vida, aunque, lejos estaba aún de ser soportable y educada de acuerdo a los cánones sociales de la época.

Por su parte, Nucha, la niñera, traqueteaba lenta y feliz en la cocina. Aquí no había imposición de horarios, ya que la muchacha comía cuando le venía en ganas, dormía cuando el sueño aparecía, jamás había invitados y ella, con sus años viejos, no tenía fuerzas ni ganas para discutir con Aurora. Además, podía fumarse todos los puros que quisiera a la vista de todo el mundo, es decir de Auri y de la naturaleza, puesto que nadie aparecía por la casa, ni por los alrededores.

Poco le importaba a Aurora lo que hiciera la anciana siempre que no la estuviera atormentando con posibles candidatos a casamiento, colaciones sociales y estupideces por el estilo.

Por eso en nada extrañaba su vida anterior y no la mortificaba el hecho de estar viviendo hacía ya dos años y medio lejos de sus padres y hermanos, sin que estos vinieran a visitarla, claro que tampoco ella los invitaba en las cartas que intercambiaban una vez al mes.

El primer año había cumplido a rajatablas el compromiso religioso adquirido, pero a medida que a la pobre Nucha se le hacía cada vez más difícil el trayecto a realizar para llegar a la ciudad en sí, la asistencia a misa dejó de ser semanal para transformarse en quincenal y a partir del segundo año ya era mensual.

Temerosa de ser desaprobada y castigada por los señores Espasa, Nucha, jamás mencionó este hecho en las pocas líneas que agregaba a las misivas que la señorita enviaba como parte de un contrato mudo para que sus progenitores, en especial su madre, la dejaran en paz.

Después de tres días de lluvias intempestivas, o no —Aurora aún no podía o no sabía reconocer el clima santafesino—, el sol apareció refulgente y opresivo. No cuestionó que apenas fueran los últimos días de agosto, que el invierno estaba sólido aún instalado; con la humedad que se levantaba después de la lluvia, hasta en pleno julio buscaría algún arroyito que se formara con el agua caída en esos días y si no un chapuzón, al menos mojaría sus pies en él.

Salió dando un portazo, con un libro que halló abandonado por los antiguos dueños de la casa que alquilaba y con dos naranjas en los bolsillos, se internó en la naturaleza.

Hacía tiempo que no cubría su rostro, como a diario debía hacer en Buenos Aires para salir a la calle; claro que esta calle —o mejor dicho, este sendero— solo lo recorría ella. Durante todo el tiempo que llevaba viviendo allí jamás se cruzó con alma alguna.

Cuando iba a la ciudad para asistir a misa, lo hacía con una mantilla negra de encaje bien tupido y al salir de la iglesia, se calzaba un sombrero sobre un pañuelo que anudaba bajo el mentón y así hacía las compras necesarias.

Si alguien la observaba que fuera por ridícula y no por monstruosa.

Pero en Santa Fe, pocos prestaban atención a esta joven hosca y bastante despectiva con la que en un principio intentaron sociabilizar y ante su descarado mal talante y lenguaje grosero, pronto la dejaron en paz. Otros eventos más relevantes ocupaban, en esa época, la atención de los habitantes.

Todo el mundo hablaba del deteriorado gobierno nacional y de la posible unificación de la Unión Sindical Argentina y la Confederación Obrera Argentina.

El proletariado esperanzado y eufórico lo aclamaba como un hecho, los oligarcas conservadores, temerosos aunque confiados todavía del poder que tenían sobre los trabajadores, lo comentaban a medias.

Y, expectantes, ambos grupos esperaban los acontecimientos. Unos esperanzados en los buenos pasos que debería dar el gobierno y los sindicatos pero que se demoraban, otros en que no los dieran jamás.

En este último tiempo, la industria láctea comenzaba a prosperar en la zona, del mismo modo que la industria aceitera.

Parecía contradictorio ya que el país enfrentaba una situación económica lamentable, pero esto hacía que surgiera, más por necesidades básicas que ganancia monetaria, una serie de pequeñas industrias familiares, que de alguna manera con poco gasto, pues la materia prima la tenían, poca maquinaria y herramientas requerían, y la mano de obra eran los integrantes de las familias, paliaban la economía del hogar.

Aunque como en el caso de las pequeñas empresas lácteas, a medida que avanzaban, se agregaban dos o tres personas más, casi siempre aquellos parias que venían de las provincias más empobrecidas aún y que, por comida y un mísero emolumento, se sentían felices y dispuestos a trabajar.

Además el trabajo portuario continuaba, aunque este sí que estaba en un proceso menguante. Los pequeños emprendimientos industriales como la fabricación de bolsas, trenzado de suelas para alpargatas, y tantos otros que el ingenio o la necesidad de la gente inventaba, y que como

mínimo afectaban a tres o cuatro empleados, de alguna manera, sostenían la frágil economía regional.

Fácil era conseguir mano de obra barata, ya que centenares de trabajadores llegaban a la «ciudad puente», paso indiscutido para llegar a Buenos Aires, traídos por el desempleo de las provincias del norte y noroeste del país, que día a día se iban despoblando más.

Muchos se asentaban allí porque en verdad lo que necesitaban era mantenerse, comer, vestirse, no importaba en dónde y si Santa Fe les proveía los medios necesarios para subsistir allí se quedarían, de lo contrario, continuarían su camino.

Todos estos acontecimientos dejaban libre a Aurora de la curiosidad que traía aparejado el aburrimiento cuando en un pueblo o ciudad no pasa nada.

Y mientras, ese último domingo de agosto casi a mediodía, ella chapoteaba jubilosa en el arroyito, don Gustavo Del Pinar, junto a su esposa e hijo, recibían en la casona del bulevar a un emisario del partido radical.

—Si no renuncia, caerá por su propio peso, o el peso de su mala interpretación de lo que puede hacer un pueblo con hambre —decía el emisario.

Gustavo Del Pinar, escuchaba con mucha atención y reflexionaba sobre dichas aseveraciones; Alfonso Del Pinar, en cambio, disfrutaba con esas palabras mirando a su padre. En muchas ocasiones ya le había advertido de esta situación y se felicitaba de haberse mantenido en esa

posición, ahora su padre le daría más importancia a sus opiniones.

«La única forma de salvar nuestros intereses, es estando con el poder y si esto sigue así, el poder pronto lo tendrá el pueblo», le había dicho en varias oportunidades a su padre cuando analizaban la situación económica del país a través de los periódicos.

Ahora llegaba Pablo Ocampo a reafirmar con los acontecimientos de última hora, lo que él sabía de antemano y su padre hacía caso omiso de esas advertencias.

—Además —continuaba Ocampo—, como si esto no fuera suficiente, se le está exigiendo al gobierno nacional, que tome las riendas sobre cuestiones provinciales cuyos gobiernos no hacen nada, porque es posible que haya intereses económicos de por medio, que dejan a la provincia en una encrucijada difícil de superar.

—¿Por ejemplo?—inquirió don Gustavo.

—En el caso de esta provincia, se le está exigiendo al gobierno nacional que investigue sobre los casos de prostitución en las islas, si me disculpa la señora por mis palabras un tanto groseras —dijo mirando a doña Eugenia.

Doña Eugenia, no podía ocultar su desagrado respecto a este Ocampo, notaba en cada ademán, cada palabra lo aburguesado de este personaje. Ella, una Alborada Mercado, nacida en una de las familias del más rancio abolengo santafecino, no concebía sentarse a compartir una mesa que no fuera con personas del mismo linaje o al menos aristócratas que, aunque venidos a menos, aún conservaban los buenos modales.

Pero... ¿¡qué sabía ella de Pablo Ocampo!?

La suavidad de las sedas con que estaba ataviada, contrastaban con lo áspero de su mirada en la marmórea expresión de su rostro.

Suficiente tenía ya con soportar las disputas maritales que las diferencias de castas habían acarreado a su hogar.

Ella, una aristócrata que por cuestiones económicas y obligada por sus progenitores, hubo de casarse con un terrateniente cordobés. Si bien el matrimonio oxigenó la economía familiar, no aportó apellido ni estatus.

Ella, que jamás hubiera tolerado compartir su mesa con la chusma, ahora estaba obligada a hacerlo por su propio esposo.

De lo único que estaba agradecida es que de esa unión naciera Alfonso, su único hijo, amado y consentido por ambos.

A veces en la intimidad, se le escapaba alguna lágrima cuando pensaba que a pesar de tanto esfuerzo y amor puesto en ese niño, no tuviera su merecida recompensa.

Tanto tiempo alejado del seno familiar para que se instruyera, para que terminara la carrera de abogacía en la mejor universidad del país, tanto sacrificio para que terminara desperdiciándose como jurisconsulto del gobierno de Cello, la desesperaba.

Ella lo había traído a este mundo para gobernar sus tierras, sus dominios, su gente... tal vez un pueblo, no para que un médico con mediocres ideales políticos le pagara un sueldo. Pero su padre lo había aprobado y ella sabía que era imposible discutir con Gustavo, un tozudo y codicioso estanciero con ínfulas de poder metido en la cabeza.

En todas estas cosas pensaba doña Eugenia, mientras Aurora ahora, apoyada en un tronco, exponía sus brazos y piernas al sol y se asombraba de sí misma porque se descubrió tarareando una melodía antigua que Nucha siempre silbaba cuando barría el patio. Así se durmió acompañada del trino de los cardenales y un hocó silente que anidaba sobre el árbol cercano al arroyito.

Se despertó cuando el sol marcaba la media tarde y el sonido de unas voces acompañaban el ritmo de sus cabalgaduras.

Se ocultó como si fuera una delincuente, aunque sabía que no estaba dentro de su propiedad, no era ese el motivo que la llevó a tomar esa determinación, sino la sorpresa al descubrir después de dos años y medio de vagar por los alrededores, que otras personas podían aparecerse por el lugar y se viera expuesta a burlas o lo que era más doloroso, a tener que contemplar rostros llenos de repugnancias mal disimuladas cuando la observaban.

Los vio pasar: tres cabalgaduras, de las cuales dos era evidente que disfrutaban del paseo, la tercera apenas si se sostenía sobre la propia.

—¡Vamos Ocampo —decía el hombre joven mientras soltaba una carcajada— no se amedrente! No le tenga miedo, que esta yegua es mansa y no lo tirará al suelo.

Los cardenales alzaron vuelo asustados por el sonido, incluso el hocó giró sobre el árbol para volver a asentarse, apenas hubieron pasado.

—¡Basta de burlas Alfonso —replicó un hombre aunque maduro, de gran porte sobre la bestia—, más que bien monta por ser la primera vez!

El hombre que iba entre ambos parlantes, solo sonreía para disimular el miedo y se sujetaba con fuerza tanto de las riendas como de las crines del animal.

Aurora, escondida entre los pastizales los observaba con curiosidad y a la vez embelesada por el sonido de esa carcajada que le pareció clara, fresca y a la vez varonil.

Si doña Eugenia hubiera estado allí observando el rostro de Aurora, se hubiera persignado más de una vez y hubiera hecho lo imposible para que su hijo no volviera a ese lugar.

Pero doña Eugenia apenas si soportó hasta los postres a Pablo Ocampo y alegando jaqueca se retiró a sus habitaciones de las que no salió hasta que el hombre hubo partido.

No podía controlar el desprecio que sentía por personas como Ocampo, personajes que se prendían del poder a través del dinero.

Ella concebía el mundo político desde su educación teocrática; lo mismo servía para la humanidad: estaban ellos, los iluminados, entroncados por la sangre a lo divino, seres superiores, y los otros, el resto que no necesitaba de otra cosa que no fuera el alimento suficiente para servir a esos seres iluminados; para ella no tenía sentido darles viviendas, instrucción, incluso una educación religiosa porque eran tan poca cosa que los sabía indignos de Dios.

Y Ocampo era uno de ellos y doblemente reprobado por intentar escalar a un lugar que no le correspondía. Como él, creía doña Eugenia, muchos había que se trepaban como plantas parásitas a una escala social que no les era

concedida por derecho de sangre. Los veía como herejes, seres endemoniados que perturbaban la paz de los verdaderos hombres.

Entre ellos también estaba el tan mentado Hipólito Yrigoyen y sentía el mismo desprecio por él que por los demás, aunque fuera el presidente de la Nación.

Cierto era que mucho se cuidaba por esta época de hablar al respecto, tanto Gustavo como Alfonso le habían recriminado semejantes comentarios que bien podían empeorar su situación financiera.

Sonrió al pensar en ello, al fin y al cabo muy pronto le darían la razón, ningún abogaducho de mala muerte, venido de una clase media baja, revoltoso y escalador igual que Ocampo, podría gobernar una nación y eso era evidente en estos últimos tiempos. Ya su esposo y su hijo no tenían tanta confianza en su poder, ya no apoyaban en forma abierta su gobierno.

Ella podía entender a su hijo, joven, impetuoso, inexperto, que creyera en el poder de Yrigoyen y las masas; pero a su esposo no, a veces despreciaba la actitud de Gustavo porque en el fondo siempre fue un conservador, un oligarca, que se pegara a la fuerza oficialista, que se vendiera al mejor postor por mantener su fortuna lo hacía merecedor de su secreto desprecio y de la distancia que separaba a un terrateniente con un apellidito más o menos conocido en el interior, con una dama, como ella, nacida en la cuna de la más pura y rancia familia santafecina.

Había muchas otras maneras de mantener la fortuna, sin mostrar las hilachas que, lejos de sumar, restaban a la ya decaída casta con su llegada a la mansión.

Si doña Eugenia hubiera sabido que en ese preciso momento, Aurora recorría el sendero que la llevaba a su casa, pensando en su hijo, tratando de recordar cada

momento para saber si había logrado ver el rostro de ese hombre joven que montaba con una elegancia despreocupada, tratando de retener el sonido de esa risa..., se hubiera espantado.

En efecto, en ese instante Aurora regresaba a su casa que encontró silenciosa, llamó a Nucha pero no le respondió, la descubrió en la galería que daba al norte de la casa, dormida con una palangana en el regazo con una buena cantidad de chauchas que estaba limpiando. Sus ronquidos le causaron gracia y la sacudió con fuerza para que despierte.

—¡Eh Nucha, despertate mujer!

La anciana abrió los ojos asustada pero al verla sonrió.

—¿Dónde estuvo señorita Auri? —preguntó desperezándose —, me dormí esperándola.

—Ya veo, ya veo, —contestó risueña Aurora, y tomándola de un brazo— vení, vamos a la casa que voy a preparar un té, tengo hambre.

—Y claro si no ha almorzado todavía, pero deje que el té lo hago yo —dijo la mujer poniéndose de pie con esfuerzo y mirándola a los ojos—, ¡pero, qué bien se la ve! ¿Ha descubierto algo nuevo, qué le sucedió para estar así de contenta?

Aurora no contestó, reflexionaba sobre lo dicho por Nucha y descubrió que tenía razón, algo que aunque no podía asegurar qué era, había cambiado su ánimo. Supo entonces que nada volvería a ser como antes y no sabía si reír o llorar.